

El bombardeo de Gernika

El Nacional, 1964-04-26.

Hoy, día 26 de abril, hace 27 años que la aviación alemana arrasó Gernika.

En aquella época el aparato de información franquista insistió con dos acusaciones: 1º que "Gernika estaba lleno de comunistas", y 2º que "eran los vascos mismos los que habían incendiado Gernika, con sus iglesias".

Y hubo muchos, sobre todo aquí en América, a un océano de distancia, que lo creyeron de buena fe.

Son pocas las personas que dudan hoy en América precisamente de lo contrario: de que los vascos lucharon, y siguen luchando lealmente, en defensa de aquellos principios cristianos y democráticos que constituyen su tradición más cara, y que Gernika fue arrasada por la aviación alemana al servicio de Franco.

Para este primer vuelco de opinión ha bastado, y es bastante, la colaboración de un elemento de propaganda muy económica, aunque muy doloroso: el tiempo; un cuarto de siglo de conducta ha dejado al descubierto una verdad que es difícil de esconder o de tergiversar. Y para la segunda afirmación, dejando de lado otras pruebas valiosas, en el juicio de Nuremberg se mostraron documentos que prueban la forma en que fue preparado y ejecutado el bombardeo de Gernika por la aviación alemana.

Pero a pesar de eso, a pesar de que la verdad ha ido emergiendo por sí sola en la conciencia de América, aún se sabe muy poco de lo que pasó en la ciudad sagrada de los vascos hace hoy 27 años; de este primer ensayo de bombardeo en masa para aterrorizar a la población civil, apenas se conoce más que alguna reproducción de la obra que inspiró a Picasso la ferocidad de este crimen.

Por eso me parece útil traer hoy, aniversario del bombardeo de Gernika, un recuerdo políticamente desinteresado, literariamente elemental, pero de un altísimo valor testimonial y humano.

Se trata del dramático, pero muy poco conocido, testimonio de un gudari del batallón "Alkartzeak", de Enlaces y Transmisiones del Ejército de Euzkadi.

Los primeros aviones asoman al cielo de Gernika a media tarde.

"A las cuatro y cuarto –dice– estando yo en el paso a nivel de Gernika a Bermeo, vi aparecer un caza que a cuarenta metros de altura empezó a girar sobre Gernika disparando sobre la población. Me refugié en un portal, al ruido, salí a la calle, ví que el avión seguía la ruta de la carretera de Lekeitio después de describir una curva en derredor de la población. Corrí, y sintiendo detrás de mí el tableteo de la ametralladora, entré apresuradamente en una panadería. Un ruido espantoso atronó el espacio, y el local quedó cegado entre polvos de harina y trozos de saco. Las mujeres allá refugiadas gritaban, lloraban y rezaban. Abandoné la panadería y buscando un despoblado me tumbé en un campo, recostado contra un pretil. La aviación seguía bombardeando. Yo contaba uno, dos, tres hasta doce, y aprovechando el tiempo que el avión necesitaba

para el círculo, dejé a todo correr el parapeto, crucé 400 metros y arrojé mi cuerpo en una zanja llena de agua. Enseguida llegaron hasta mí varias mujeres de rostros desencajados por el terror, alocadas, abrazándome se tendieron en la misma zanja. Sus voces eran secas, estridentes alaridos. A una de ellas, vestida con chaqueta negra, le arranqué la chaqueta para mejor cubrir su vestido blanco a impedir así la visibilidad de los aviadores".

Era el comienzo de la "operación Gernika" en este lunes, día tradicional de mercado en el que los campesinos bajaban a vender sus productos.

"Llegamos –continúa el relato, después de unirse a dos amigos– a la estación juntos los tres, y decidimos subir a un monte. Era tarde. Aparecieron sobre nosotros, a 30 metros de altura, nueve trimotores y seis bimotores de caza... que empezaron a bombardear.

Dos bombas cayeron en la estación. Esta se derrumbó. Entramos en un almacén y vimos algunas mujeres que caían desvanecidas al suelo. Las cogimos en brazos y las animamos a pesar de estar nosotros hondamente emocionados y viendo desde la puerta que los raíles y los vagones despedazados por las bombas saltaban al aire y oyendo el disparar de las ametralladoras; contagiados del terror de la gente, locos, casi, de espanto, los tres amigos decidimos salir del almacén, porque de seguir allí veíamos cercana la muerte. Al salir, vimos sobre nosotros una nube de aviones y entre ruidos horriblos de bombas que estallaban me lancé contra un vagón en compañía de uno de los amigos, mientras el otro tomaba otra dirección. Un avión a ras de tierra nos ametralló y creyendo los aviadores habernos muerto, el caza se elevó. En aquel mismo momento y por entre las ruedas del vagón ví cómo se desplomaba el almacén, hundiendo bajo sus muros a todos los que en él se encontraban. Asustados, salimos de nuestro ridículo refugio, donde precisamente debía caer herido. Huyendo, mis nervios se crisparon. Vi sobre mi cabeza un caza bimotor que me perseguía. me tumbé en la campa. El avión descendió a cuatro metros de altura. Hundido mi cuerpo en el suelo elevé un poco mi cabeza, miré arriba con ojos de espanto, vi un aparato, y en sus alas leí: *Junker*. En su cabina descubrí dos hombres... Observé que rasgaba el aire con la velocidad de un rayo un paquete... enseguida un ruido electrizado, se me cortó la respiración; lancé un grito de terror y quedé sepultado entre tierra, piedras y humo. Forcejeando desesperadamente me levanté. Una gran congoja me agitaba, mi brazo estaba destrozado. A diez centímetros del hombro, de una gran herida salía la sangre a borbotones, que bajando por mi cuerpo me quemaba. Rotas las carnes, mi antebrazo colgado de los tendones, estaba mezclado con la tierra. Me agaché, y con una serenidad que jamás creí había de tener, que me daban aquellos momentos trágicos, con mi mano derecha, sujeté primero mi brazo herido, y horrorizado yo mismo instintivamente, lo crucé sobre mi espalda y a través de mi ropa sentía cómo descendía desde mi espalda hasta los pies un río de fuego: mi sangre".

Luego relata la horrorosa peregrinación de media hora para encontrar alguien que le atase una goma capaz de detener aquella hemorragia y termina:

"La sangre coagulándose sobre mi cuerpo, los nervios cansados y el desaliento cundiendo sobre todo mi ser, empecé a sentir frío. Hacía ya media hora que me habían herido. Se me acercó el Padre Goikoetxea S.J., diciéndome: 'Aitortzea nai al dezu?'

(¿Quieres confesarte?). Yo le dije: "Si, Padre". Y abrazados los dos contra la pared hice mi confesión sincera, de quien cree que va a morir. Terminado mi acto religioso, entregué al confesor mi documentación, y le dije: 'Nere aita Bermeo'n dago...' (Mi padre está en Bermeo, y dígame que haga llegar esto a mi mujer. Que me he confesado con toda devoción y que he muerto con la pena honda de no poder verla. Y que a los niños les inculque la religión). Me instó a rezar la penitencia el Padre. Yo no podía apenas hablar, la respiración se me ahogaba. 'Yo rezaré por tí', me dijo el jesuita, y empecé a orar en mi corazón. De allí me llevaron a una cama. '¿Perdonas al que te ha herido?' 'Sí, le perdono'. Y me dejaron tendido en el lecho".

Estas partes del sencillo relato que hace este joven vasco constituyen un documento de extraordinario valor testimonial que contradicen los dos aspectos de la propaganda que mencionamos; dicen que el pueblo vasco es un pueblo de profunda religiosidad, que lucha por defender principios de libertad que le son consustanciales, y que el bombardeo fue ejecutado por los alemanes.

La última ola de aviones alemanes se alejó del infierno de Gernika a las ocho y cuarto de la noche.

Esta hazaña militar convirtió un mercado campesino, en un cementerio; convirtió el cielo en un infierno. En estas tres horas y media, los aviones alemanes mataron 2.800 personas.

Sobre este cementerio donde creyeron enterrar para siempre el espíritu rebelde del vasco han llegado 27 años después, hace unos días, a pesar de las prohibiciones y los obstáculos, más de cuarenta mil vascos a rendir homenaje al Arbol de Gernika. Fue simbólicamente el Domingo de Pascua, la festividad en que celebran los vascos el día de la Resurrección de su Patria, cuyos ideales representa el Arbol de la Libertad.

Declaración del General Dávila al "Sunday Times":

Informe de prensa del Ejército de Franco entregado a los corresponsales extranjeros, el 4 de mayo 1937.

Historia Documental de la Guerra de Euzkadi, Astillarra, Editorial Vasca, México, D.F.

Bombarderos Junker 52 y cazas Heinkel.